



Eran los comienzos y participé siendo muy joven y sin mucha conciencia de lo que estaba ocurriendo. Maestra novata, pero con mucha ilusión y ganas de aprender, lo que vivía con “los milanianos” me tenía fascinada. Me sorprendía que sin vernos durante tanto tiempo y cada uno en un punto de la geografía española, aquello se siguiera manteniendo con tanta ilusión y ganas de hacer. Volvía a casa con la mochila cargada de ideas e ilusiones y, a pesar de la distancia, sa-

biéndome acompañada en el quehacer cotidiano de la escuela.

Con los años me volví escéptica y cada vez que nos reuníamos para preparar la revista me parecía una reunión de locos. ¿Interesará esto a alguien? pensaba; pero me he llevado más de una sorpresa al tener noticias de gente que no sólo la recibe, sino que la espera con ilusión y la lee con ganas. Ha sido el nexo de unión de los Milanianos allí donde estén, a pesar de mi escepticismo.

## UNA INVITACIÓN, UN RECIBIMIENTO Y UN PLACER

*José Luis Veredas, SA*

Yo iba para bichólogo. Me invitaron a leer *Carta a una maestra* y se me retorció la vocación. Decidí hacerme maestro. Así que para mí ser maestro y ser milaniano es todo uno. No cabe otra.

Me incorporé al MEM de forma algo tardía. La memoria me traiciona y no estoy seguro si fue la primera o la segunda Asamblea a la que asistía, en la sala Milani de Santiago Uno. Menudo recibimiento. Sin saber muy bien si iba o venía me encontré votando sí a la decisión de “cerrar” o no la asociación. Yo creyendo llegar a una fiesta de cumpleaños me encontré encerrado en un funeral. Sólo faltaba como música de fondo la canción de Javier Krahe: “Y yo allí con mi flor como un gilipollas,

madre...” Obviamente se votó a favor de continuar con el MEM.

Ya he dicho en varias ocasiones que sin duda lo que más gozo en el grupo Milani, son las reuniones del Consejo de Redacción de *Educar(NOS)*. Largas reuniones, normalmente entorno a una merienda, comida o cena, en las que charlamos y charlamos absolutamente de todo: del mundo, de nuestras vidas, de la política, de los trabajos, de la Escuela y las escuelas, de lecturas, de viajes, de historia y de historias... y por fin, apresuradamente, de la próxima revista. Me admira, en las reuniones del MEM, poder escuchar (y menos hablar) a un grupito selecto de mentes privilegiadas.

## UNA HUELLA DE MILANI

*Gerardo Fernández, M*

El primer contacto que tuve con la escuela de Barbiana fue una visita a la Casa-Escuela Santiago Uno y a la Granja Escuela Lorenzo Milani. La organizó mi escuela de Magisterio. ¡Qué casa tan vieja! decían mis compañeras acerca de Santiago Uno, o ¡qué mal huele!, al oler los purines de cerdo en la granja Milani. Yo asentí a ambas quejas... Años después las entendí y las acepté a los primeros meses de mi vida allí.

En la visita estaba prevista una ponencia de Corzo, y este fue el primer punto sobre la i que le vi colocar: se encaró con mis profesores de pedagogía por no darnos una introducción a Milani, dejó bien claro que no tenía interés en entretener a unos alumnos de Magisterio sin más. Yo nunca había oído a nadie decir las cosas tan claras como a él,

no se cortó ante mis profesores. Les dijo lo que pensaba sin evitar el conflicto. ¡Qué raro era eso, qué poco frecuente en el ambiente en el que me movía!

Antes de salir de Salamanca me llevé para casa *Carta a una maestra* y *Escritos colectivos de muchachos del pueblo*. En el autobús de regreso a Madrid comencé a leer la Carta. Me cuestionó los pilares “tan interesantes” de la Escuela Moderna y me ofreció otros, que iban a la raíz de la escuela, a su problema más hondo: el fracaso de los *canis* en ella.

Dos años después se me presentó la ocasión de ser educador en Santiago Uno. No me lo pensé. Tenía claro que ir a esta escuela como educador era un privilegio; tenía lo que no había percibido en mis años de estudiante en la mayoría de mis profesores: alma y orientación claras.

En Santiago Uno viví una relación tan cercana con los alumnos, que daba sentido y cohesión a lo